

Bunge: orgullo latinoamericano sin caer en chauvinismos

Gabriel Andrade

Por una filosofía sin complejos de inferioridad

De manera natural, al encontrarse con gente de otras regiones del mundo uno quiere mostrar aquello por lo cual se puede sentir orgullo en su propia región (lamentablemente, muchas veces el nacionalismo se toma esto demasiado en serio, y se enorgullece erróneamente de muchas cosas). Al compartir con filósofos en Londres, Nueva Delhi o Dubái, me han preguntado cuál es el filósofo latinoamericano más valioso. Yo siempre respondo: Bunge.

Pero en su caso, hasta cierto punto se aplica aquello de que nadie es profeta en su tierra. Recuerdo haber visitado Buenos Aires hace algunos años, con la ilusión de poder encontrarme gente que compartiera mi entusiasmo por Bunge y sus ideas. Pero me llevé un tremendo chasco en la Universidad de Buenos Aires, al encontrarme jovencitos con camisetas de la imagen del Che Guevara que, o bien no sabían quién era Bunge, o sencillamente lo despachaban como un «filósofo burgués».

Bunge es más apreciado en universidades con larga tradición de filosofía analítica. No es circunstancial que terminara en la prestigiosa McGill. Lamentablemente, las universidades latinoamericanas no han cultivado esa tradición. En la abrumadora mayoría de sus facultades la gran obsesión es el tema identitario. Las grandes preguntas que se hacen en ellas son de este calibre: ¿quiénes somos como pueblo?, ¿cómo somos distintos a los europeos?, ¿cómo podemos construir una identidad propia?, ¿cómo nos perjudica el pretender ser occidentales?, etc.

No pienso que estas preguntas sean intrínsecamente impertinentes. Pero sí tienen un tufo de nacionalismo identitario. Desde 1810, los países que hoy conforman Hispanoamérica se independizaron de España. Pero para estos países se aplicaba lo mismo que Giuseppe Mazzini decía respecto a la creación de Italia: «hemos creado Italia, ahora tenemos que crear italianos». Los nacionalistas como San Martín, O'Higgins, Bolívar

y Martí procuraron crear nuevas identidades para sus nuevas creaciones. Y para hacer eso se enfrascaron en la idea de que los ciudadanos de esos países tenían que alejarse de las modas europeas y crear algo propio.

Eventualmente, la actividad filosófica de América Latina se empapó de este nacionalismo. José Vasconcelos escribió un famoso libro, *La raza cósmica*, explicando lo maravillosos que somos los latinoamericanos, por ser un pueblo mezclado. Esto era música para los oídos de los nacionalistas latinoamericanos, pues encontraron en Vasconcelos al profeta del nuevo orgullo identitario. Desde la filosofía se empezó a cultivar el rechazo a todo lo yanqui (pues se empezaba a ver a EE.UU. como el nuevo ogro que atentaba contra la identidad latinoamericana): ese es el gran tema de la obra del cubano José Martí y del uruguayo José Rodó, dos filósofos importantes de la región. Para asegurarse de rechazar las influencias europeas y norteamericanas en la identidad latinoamericana, se abrazó el indigenismo como un elemento central de la nueva identidad. Ese es el tema de *Siete ensayos de la realidad peruana*, de José Mariátegui, otro pensador muy querido en América Latina.

Desde entonces, la filosofía latinoamericana no ha salido de ese enfrascamiento identitario. En cualquier facultad de filosofía en América Latina, Bunge será eclipsado por personajes como Enrique Dussel, Walter Mignolo, Boaventura de Sousa Santos (extrañamente, este ni siquiera es latinoamericano), y otros por el estilo. Estos filósofos, frecuentemente en una prosa tan oscura como la de Heidegger o Derrida (en esto no les importa parecerse a los europeos), insisten una y otra vez en el mismo tema: somos víctimas del colonialismo y, para superarlo, América Latina tiene que dejar de tomar a Europa, EE.UU. o cualquier otro país occidental como modelo, y debe buscar su propio camino.

Lo preocupante es que estos autores también quieren aplicar esto a la filosofía y la ciencia. Pues, según

su extraña interpretación de las cosas, la filosofía europea también ha sido un agente del colonialismo, al propagar ideas eurocéntricas. Bajo este esquema, Descartes fue prácticamente tan promotor de la colonización de América como Hernán Cortés¹. De forma tal que aquellos filósofos latinoamericanos que se preocupan por los temas clásicos de la filosofía (¿qué es lo bueno?, ¿existe Dios?, ¿hay libre albedrío?, ¿cómo podemos conocer el mundo externo?) en realidad tienen una mente colonizada. No vale decir que estas preguntas son universales, pues según estos filósofos tan populares en América Latina, lo que presuntamente es universal en realidad es eurocéntrico. Y así, el pensar como Descartes y sus sucesores en la ciencia y la filosofía moderna es una forma de conquista y colonialismo.

Pues bien, un motivo por el cual yo admiro a Bunge es precisamente por haber resistido esta moda que es tan común entre filósofos latinoamericanos. Bunge jamás cayó en la estupidez de decir que las preguntas de la epistemología, la filosofía de la mente o la filosofía de la ciencia son eurocéntricas.

A diferencia de Dussel y sus secuaces, Bunge supo valorar la relevancia de las reflexiones universales, y despojarse de los complejos de inferioridad que evidentemente subyacen tras la obsesión identitaria de muchos de estos filósofos latinoamericanos. Irónicamente, al hacer esto, Bunge ha puesto el nombre de la filosofía latinoamericana más en alto que los filósofos acomplejados que se obsesionan con exacerbar el orgullo nacionalista.

Tras varias décadas de fieras dictaduras y tiempos convulsos, América Latina emerge como una región con un gran potencial para el desarrollo. Martí no se equivocaba cuando, desde Nueva York, decía vivir «en las entrañas del monstruo», pues al menos Dussel y sus colegas sí tienen razón en advertir que América Latina siempre estará en la mira imperial de EE.UU. Pero el modo de superar esa vulnerabilidad es precisamente tomando aquellas cosas buenas, sin importar su procedencia. Cuando un filósofo se plantea la hipótesis

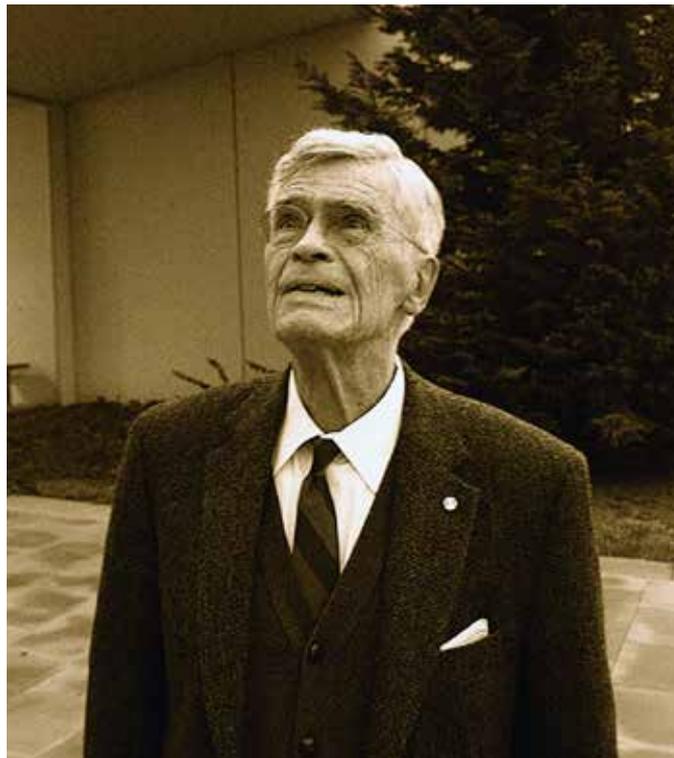
del genio maligno, e invita a reflexionar sobre ella, eso es algo bueno, y amerita cultivar esa reflexión. Que ese filósofo venga de Europa es absolutamente irrelevante. Descartes no era un conquistador como Hernán Cortés.

Bunge ha prestado un gran servicio a América Latina, precisamente porque no ha caído en ese chauvinismo ridículo. Al retomar la tradición analítica de la filosofía europea, Bunge ha ofrecido a los latinoamericanos muchas herramientas conceptuales para pensar más críticamente y, sobre todo, para potenciar la visión científica del mundo en nuestra región. Mientras que

filósofos como el argentino Oscar Varsavsky se empeñan absurdamente en distinguir entre *ciencia burguesa* y *ciencia proletaria* (sin caer en cuenta cuán cercana es esta distinción a aquella barbaridad de «física judía» y «física aria»), o tipos como Dussel enaltecen los «saberes ancestrales» indígenas (muchos de los cuales en realidad no son más que variantes del pensamiento mágico), Bunge nos propone formas de erradicar supersticiones y de fortalecer el sano escepticismo

que contribuye a la mentalidad científica. Por todo eso, Bunge merece nuestros elogios desde América Latina. ¡Larga vida, maestro!

Dubai, Septiembre de 2019



Notas

¹ Enrique Dussel. *1492: El encubrimiento del otro. Hacia el origen del mito de la modernidad*. La Paz: Plural. 1994, p. 51. Por si quedan dudas, permítaseme citar al propio Dussel textualmente: «El “yo colonizo” al Otro, a la mujer, al varón vencido, en una erótica alienante, en una económica capitalista mercantil, sigue el rumbo del “yo conquisto” hacia el “ego cogito” moderno. La “civilización”, la “modernización” inicia su curso ambiguo: racionalidad contra las explicaciones míticas “primitivas”, pero mito al final que encubre la violencia sacrificadora del Otro. La expresión de Descartes del *ego cogito*, en 1636 será el resultado ontológico del proceso que estamos describiendo: el ego, origen absoluto de un discurso solipsista».